

● Que Frida Kahlo fue una mujer extraordinaria no cabe la menor duda, pero que otro artista pueda aproximarse a su vida intensa y apasionada guardando la mayor fidelidad posible al personaje y sus ideas, constituye un hallazgo que quizá sólo el cine pueda ofrecer. Eso es lo que logra Paul Leduc con su obra que ha sorprendido a todos los públicos por su limpieza y su objetividad. Frida, naturaleza viva no es un discurso exaltador de la figura, obra y luchas de esta mujer mexicana, muy india por parte de su madre y muy rumana por la de su padre, que protagonizó medio siglo de vida artística y política en un México convulsionado por las consecuencias de la revolución y por las transformaciones del mundo. El film de Leduc es, más bien, un conjunto apretado de imágenes que funcionan a manera de memorias, de instantes recogidos en el recuerdo y volcados a la pantalla tal como son los recuerdos: indagadores, emotivos, incluso desordenados, porque esa sucesión de imágenes no guarda una relación cronológica sino emocional. Quizá en esta característica reside la fuerza de esta película singular que por fin podemos ver en Venezuela, gracias a la Embajada de México y a la Sala Margot Benacerraf.

Paul Leduc ganó notoriedad y prestigio en el cine de su país y América Latina a principios de la década pasada, gracias a su film *Red, México insurgente*, en el cual, antes que Warren Beatty o Sergio Bondarchuck, revisó la actitud y lucha del periodista norteamericano John Reed durante la Revolución Mexicana, según su propio libro *México insurgente*. Film concebido sin concesiones ni flaquezas, rodado en 16 mm. y en blanco y negro, se aproximó a la vida de una figura histórica tal como lo ha hecho a lo largo de su breve mas significativa filmografía, hasta finalizar con *Frida, naturaleza viva*, donde vuelve a recrear otra figura histórica que, además, estuvo vinculada afectiva y políticamente a otras figuras históricas de dimensión universal, como lo fue su marido el gran muralista me-

xicano Diego Rivera o ese profeta del destierro que fue el líder revolucionario ruso León Trotsky. Sin embargo, más allá de estas vinculaciones bien ilustrativas, se encuentra la vida intensa de Frida Kahlo, una mujer que enfrentó el reto de vivir desde las trincheras de la adversidad personal. Padeció de poliomiélitis, sufrió un terrible accidente, no pudo tener el hijo que tanto quiso y le fue amputada una pierna. Sin embargo, desde el lecho de su muerte, en 1954; Frida Kahlo recuerda los momentos más significativos de su vida de una forma inconexa pero lúcida, especialmente aquellos vividos con el apasionado y desmesurado Diego Rivera y aquellos que tienen que ver con este siglo de grandes transformaciones sociales y políticas.

Cuando uno ve la película de Leduc uno siente que aquella mujer murió varias veces, frente a distintas formas de muerte, pero que también volvió a renacer, a levantarse desde el foso para continuar viviendo, para seguir dando vivas a la vida. Siempre frente al espejo, a los múltiples espejos que rodearon su existencia y a partir de los cuales elaboró su obra pictórica. Una vida frente al espejo resistiendo el acoso de la muerte física y la muerte emocional. Esa autorreflexión se expresa hacia afuera gracias a sus autorretratos, que lejos de ser una forma de arte egoísta se tornan en una mirada hacia el mundo. Frida Kahlo se sobrepuso a un destino fatal que le persiguió a lo largo de 44 años antes de dar cuenta de ella. Luego comenzaría a vivir en la memoria, en sus cuadros y en el ejemplo de una vida de luchadora. Y eso lo comprendió Leduc. Por lo tanto, los escasos diálogos de su film tratan de objetivizar esa figura, mientras permite que las imágenes hablen por sí solas como grandes cuadros de la historia mexicana y como recuerdos que fluyen como un gran río de emociones. No se pierda *Frida, naturaleza viva*, pues no tendrá una nueva oportunidad de apreciar una película realmente singular e importante.